

EN LA ÚLTIMA TARDE

Luis no conseguía dejar de pensar en ello. Hacía menos de veinticuatro horas que había recibido la llamada de su madre y no cesaba de hacer cábalas y teorías de lo que podía haber pasado. Al fin se había decidido a ir Las Navas del Marqués, el pueblo dónde vivían sus padres, que pese a estar a poco más de una hora de Madrid, dónde él vivía, casi nunca iba a visitarles. Una vez al año, normalmente en Navidad, les hacía una corta, distante y artificial visita. Se podía decir que no tenían la mejor relación que se puede esperar entre padres e hijos. El cómo habían llegado a ese punto era algo que ya no tenía demasiada relevancia. Cuando trataba el tema con su mujer, Luis sostenía la idea de que las relaciones personales no han de verse sometidas a leyes genéticas y que no se han de forzar las cosas sólo por compartir unos cromosomas. La relación paterno-filial que mantenían no es que se hubiera enfriado, sino que nunca había llegado a estar caliente. Siempre pensó que sus padres eran demasiado egoístas y que no le dedicaron el tiempo que un hijo precisa. De su infancia y juventud, no guardaba demasiados buenos recuerdos de ellos, en parte porque hasta que fue adolescente se había criado más con sus niñeras que con ellos. Antes de cumplir los 14 años ya había vivido en cinco provincias distintas. Y es que su padre había sido un abogado de renombre, de los que salen en los periódicos y ganan casos importantes. Su madre..., bueno, su madre había sido lo que se conoce como *una vividora*; casi nunca estaba en casa. Cuando no acompañaba a su marido en sus viajes estaba demasiado ocupada cuidando sus amistades.

Cuando Luis cumplió los treinta, sus padres se fueron a vivir a Bélgica y pasaron allí más de una década. Por entonces ya apenas mantenían siquiera una relación telefónica. Nunca supo demasiado bien a qué se dedicaban allí, ni cómo vivían, el caso es que

tampoco se interesó. Volvieron a España ya habiendo cumplido ambos los setenta años y desde entonces vivían en Las Navas del Marqués, en una imponente casa aislada del pueblo; la habían construido en los setenta como segunda vivienda, para fines de semana, durante una época en la que el padre de Luis había trabajado en Madrid.

-Lláname cuando llegues- dijo Marta, la mujer de Luis- y me cuentas a qué viene tanto misterio- añadió sonriendo.

-Tranquila, seguro que es alguna estupidez, intentaré volver lo antes posible –eran las seis y veinte de la tarde del viernes, tenía pensado volver por la noche, pasar ese fin de semana con sus padres era lo último que quería.

Luis se montó en el coche y se despidió de su mujer que le había acompañado al garaje del edificio donde vivían. Ella no había coincidido con los padres de Luis en más de diez ocasiones y no es que le cayeran precisamente bien pero esperaba que en algún momento su marido solucionara ese asunto y pensó que quizá aquel viernes fuese la ocasión oportuna.

Durante el trayecto intentó recordar cuándo había sido la última vez que había ido a ver a sus padres. Quizás ya hacía más de un año, pues las últimas navidades había tenido una excusa para no desplazarse hasta allí ya que las habían pasado en Lisboa con los hermanos de su mujer, con quienes guardaba una buena y sincera relación.

Luis se miró en el espejo retrovisor y suspiró. Estaba algo inquieto y cabreado por tener que ir a verles y sobretodo por no saber a qué iba exactamente.

La llamada de su madre la recibió el día anterior, estando en el trabajo. Sin duda le sorprendió cuando vio su nombre: “María”, iluminando la pantalla de su teléfono móvil –ni siquiera tenía archivado su número con el nombre de *mamá*, no recordaba su vida adulta sin haberla llamado por su nombre de pila. Pasaron hasta seis tonos hasta que se decidió a descolgar.

-¿Sí?

-Hola hijo –sintió una punzada de dolor y cómo se le encendía la sangre al escuchar la voz de su progenitora. Una mezcla de emociones que no sabía descifrar demasiado bien, y que tan sólo podría describir como incómodas.

Hubo una pequeña pausa en la que ninguno dijo nada.

-¿Cómo estás?-dijo su madre de una forma algo nerviosa, Luis sintió cómo si a ella no le perteneciera ese tono cariñoso, esa voz para él era la de una extraña.

-Bien, ¿cómo os va a vosotros?-Luis intentó ocultar todo el resentimiento que pudiera sentir y consiguió que sus palabras sonaran espontáneas.

En concreto hacía más de nueve meses desde la última llamada que por supuesto y cómo ocurría siempre fue Luis el que marcó el número; por eso le chocó que su madre le llamara y mientras la escuchó no dejó de rondarle en la cabeza el a qué venía esto.

Tras unas preguntas absolutamente intrascendentes en las que se pusieron al día sin mucho detalle y sin escapar del tono formal –aunque sí es cierto que María parecía más agradable que en otras ocasiones- , la madre de Luis le soltó lo siguiente:

-Luis, tenemos que vernos.

-Sí, pensaba ir a veros en diciembre, cuando tenga unos días de vacaciones –improvisó Luis para sonar agradable, no es que le hiciera mucha ilusión pero ya que escuchaba esa desconocida iniciativa en querer verse, no le importaría hacer una visita de compromiso.

Hubo una pausa que Luis no supo interpretar, pero lo que siguió a aquel momento le desconcertó de tal manera que no se le ocurrió nada creíble por dónde salir.

-Me refiero a que tenemos que vernos lo antes posible –el tono de María había tornado a uno más serio- Es importante que vengas.

-¿Cómo?, ¿Qué ocurre? ¿Es que ha pasado algo? –Luis titubeó un poco.

-No te lo puedo explicar por teléfono y sí, se que suena un poco raro que después de tantos meses sin hablar te pida que vengas de un día para otro.

¿De un día para otro? Repitió para sí Luis, sin duda su madre estaba más loca de lo que pensaba si quería que hoy fuera a Las Navas para verles; era un jueves y los jueves salía de la oficina a las siete o las ocho y luego tenía que ir a hacer la compra, es decir tenía mil razones por las que no iba a ir.

-Creo que no te estoy entendiendo –espeté Luis sin poder ocultar cierto tono de burla.

-Hijo, sabes que no te llamaría si...

-Eso es verdad, no llamas demasiado –soltó cortante Luis, que había desconectado por completo del aire distendido que podía haber existido unos instantes antes. María pareció no escuchar ese comentario y continuó.

-No te llamaría si no fuese por algo realmente importante. Tu padre y yo necesitamos que vengas por un asunto.

-¿Pero a qué viene tanto secretismo?!-dijo Luis algo exaltado y seguidamente miró hacia los lados para ver si alguien le había oído, pero la oficina a esas horas estaba bastante vacía, mucha gente estaba comiendo y a él se le estaba consumiendo su tiempo asignado al almuerzo hablando con su madre, la cuál le demandaba sin ofrecer ninguna explicación.

-Si quieres que vaya me vas a tener que dar más información.

Hubo otra de esas inexplicables pausas, esta vez un poco más larga.

-Ven hoy o mañana, ya sabes dónde estamos. Te queremos-y un instante después sonaba el tono de que la llamada había finalizado. Su madre había colgado.

Pasó cerca de un minuto hasta que Luis, perplejo, se quitó el auricular del móvil de la oreja y lo dejó lentamente sobre la mesa.

Su rostro articuló una mueca de incompreensión y pensó: *¿qué coño pasa aquí?*

Al terminar el trabajo, en el que apenas pudo concentrarse más de diez minutos tras la conversación que había tenido, se fue directamente a casa. Vivía en un edificio en una buena zona de Madrid; la casa no era excesivamente grande sin embargo su mujer y él no necesitaban mucho más espacio, no tenían hijos. Él siempre había opinado que no estaba capacitado para tenerlos, y no es que tuviera algún tipo de trauma producto de su infancia. Realmente apenas pensaba demasiado en ello, pero no le gustaba demasiado la idea de ser padre. Ni siquiera le gustaban los niños más allá de hacer cuatro carantoñas a sus sobrinos. Sin embargo aunque a Marta le habría hecho ilusión ser madre y pese a que durante años había sido motivo de discusión, fueron pasando los años y vio que con Luis no podía contar para ese asunto. Por suerte para él le quería demasiado tal y cómo era.

Durante la cena le contó con pelos y señales la conversación que había tenido con su madre. Y con su siempre afán conciliador le dijo que quizá era algún asunto de enfermedad o dinero y que estaría bien que fuera a verles.

-Además, hace ya mucho que no vas a verles.

-Pero no entiendo por qué no me ha querido explicar nada –Luis se levantó a llenar la jarra de agua- primero me llama y se muestra amable y de repente toma ese aire misterioso y me suelta eso.

Marta sonrió y dijo:

-Ya sabemos que tu madre no es muy normal

-Eso es verdad –apuntó Luis soltando una carcajada. Volvió a la mesa, se sirvió agua y dijo:

-En fin, mañana veré que hago.

Y al día siguiente decidió que lo mejor sería ir.

El viernes por la mañana había decidido no darle más vueltas al asunto e ir a ver que es lo que ocurría. Llamó a su madre para anunciarle que iría y la conversación sin duda arrojó más misterio. Duró menos de un minuto. Ella se limitó a expresar escuetamente que se alegraba de ello y colgaron.

La carretera estaba algo pesada. Como casi todos los viernes, mucha gente salía de Madrid para ir a pasar el fin de semana en la sierra. Luis llevaba puesta la radio porque se le había estropeado el reproductor de CD esa misma semana. No le gustaba demasiado escuchar la voz de la radio mientras conducía, prefería algo de música, por lo que saltaba de una cadena a otra en cuanto las canciones se interrumpían por los comentarios de los locutores.

El camino a Las Navas no era muy largo pero ya llevaba casi una hora y todavía le faltaban más de 30 kilómetros, que a ese ritmo se convertirían fácilmente en cincuenta minutos. Soltó una buena retahíla de insultos dirigidos al tráfico y a los coches por estar

encerrado en ese lento y soporífero ritmo de frenar y pisar el embrague cada cinco metros. Sin embargo y para su sorpresa, la idea de ir a ver a sus padres aquel viernes por la tarde, había ido dejado de ser algo desagradable y motivo de irritación mental por querer saber de qué iba ese asunto tan misterioso del que su madre no había soltado prenda.

Llegando a El Escorial el tráfico se diluyó como por arte de magia y a medida que fue disminuyendo la distancia a Las Navas comenzó a sentirse algo nervioso por lo que podía encontrarse. Cuando subió el puerto de montaña que llevaba a su destino fue rememorando las anteriores visitas, recordó que la última vez que estuvo era primavera, ahora era otoño y el paisaje estaba realmente bonito. El cielo estaba nublado pero no amenazaba con llover, la montaña resplandecía tonos terrosos y los árboles perdían sus hojas en cuanto soplaba algo de viento.

Aparcó el coche y antes de salir llamó a su mujer para decirle que había llegado y quedó en volverla a llamar cuando supiera algo. Lo primero que vio cuando miró hacia la casa a través del seto despoblado fue que el extenso jardín posterior estaba muy descuidado, el aspecto general era el de una casa que ha estado desabitada durante años y recordó que la última vez estaba bastante más cuidada. Hasta recordó que su madre tenía contratado un jardinero que iba una vez a la semana. Ahora las malas hierbas alcanzaban casi el medio metro de altura y el césped abandonado y amarillento por el otoño estaba salpicado de hojas secas caídas de los seis robles que custodiaban la entrada de la vivienda. Era una casa de aspecto rústico y trasnochado, el primer piso estaba revestido de piedra y la buhardilla cubierta con tablones verticales de madera, ahora sin barnizar y algo astillados. Luis, al acercarse a la verja pensó que limpiando y

lustrando los materiales y con alguna rehechura necesaria podría quedar una casa increíblemente bonita, pero sin duda sus padres no consideraban necesario destinar demasiados cuidados a la misma. Algo parecido a la relación que habían mantenido con su hijo.

Llamó al timbre. No contestó nadie. Volvió a llamar y se alejó un poco de la puerta para intentar ver si se veía algo, pero no había ningún movimiento en la entrada. Volvió a llamar una tercera vez y esperó a que le abrieran mientras se fijaba en una historiada placa de acero algo oxidada por el tiempo y con el apellido de la familia grabado: *Riquelme*. Sin duda cuando construyeron la casa se esmeraron en darle aspecto de nobleza y postín. El portalón era de madera maciza y tenía la anchura de un coche. Encima de ella había un pequeño tejadillo con una moldura de piedra.

Por fin escuchó que abrían la puerta. Luis empujó una de las pesadas hojas de madera y la cerró tras de sí. Como había percibido antes, el jardín estaba muy descuidado. Siguió el camino de piedras hasta la entrada de la casa, donde le esperaban con la puerta abierta y la luz del recibidor encendida, su madre y su padre.

Por lo menos parece que no están enfermos, pensó descartando esa teoría mientras se iba acercando con una sonrisa en la cara.

-¿Qué tal?-dijo Luis

-Ambos salieron del quicio de la puerta y agradablemente le saludaron. Su madre incluso fue más allá de la costumbre y le dio un beso en la mejilla. La notaba igual que siempre. Parecía haber hecho un pacto con el diablo, pues conservaba el mismo rostro desde hacía años, Siempre había sido una señora muy elegante y aunque no demasiado guapa, se arreglaba de tal manera que parecía algo similar a atractiva. Tenía 73 años pero podría pasar por una mujer con cinco o diez años menos. Su padre sin embargo si

había envejecido desde la última visita. Tenía el pelo totalmente cano y peinado hacia atrás. Su cara estaba algo más arrugada y sus movimientos mostraban algo más de lentitud.

-Bueno ¿qué era eso tan importante?, estoy realmente intrigado –dijo Luis una vez dentro de la casa. Había decidido expresarse de forma afable, ya que hablando con sequedad sólo conseguía dolores de cabeza.

-No sabes cuánto nos alegramos que vinieras, ¿quieres usar el baño y tomar algo? Seguro que estás cansado.

-Estoy bien, con un vaso de agua será suficiente.

Se llevó el vaso del agua a los labios y se lo bebió de un tirón. Su madre le miró sonriente y su padre que esperaba en la puerta le preguntó a Luis por Marta. Sin duda le sorprendió su interés aunque supuso que todo en esa visita estaba calculado, cualquier gesto amable era producto de un plan.

-Está bien, abrió una segunda tienda en Madrid, cerca de casa –no quería entrar en más detalles, era una forma de mantener las cosas como estaban.

-¿Por qué no vamos a dar un paseo por el Saúco, y así aprovechamos para hablar?- propuso María. A Luis no le pareció mala idea. La casa olía a cerrado y ya era bastante abotargada la atmósfera que se respiraba como para escuchar lo que quisiera que fuese, por lo que acercarse al robledal sonaba más agradable.

María dijo que esperara un momento en el salón que iba a ponerse un calzado más cómodo. Luis se dirigió al salón y Gonzalo, su padre, anunció que tenía que hacer una llamada en su despacho y que aunque no tardaría mucho no esperaran, que enseguida les alcanzaría. Cualquier gesto de sus padres Luis lo analizaba y diseccionaba dejándolo como una rana en una clase de biología. Todo le sonaba extraño y por lo tanto familiar.

El salón tenía los techos altos, las cortinas estaban a medio echar dejando entrar una luz tenue que daba forma a la recargada decoración de la estancia. Pese a que la casa contaba con una biblioteca en el piso de arriba allí también parecía haber toneladas de libros en las paredes. Se adentró para hacer tiempo, recordó que de chico había pasado bastantes veranos estudiando en una mesa que había frente a la ventana y que todavía permanecía allí. En una ocasión grabó su nombre con un compás en la madera y lo que más le sorprendió es que su travesura no le valiera ninguna reprimenda.

Y allí estaba su nombre grabado. Oyó un ruido a su espalda y se giró pensando que sería su madre, pero tuvo que adecuar sus retinas a la oscuridad que había para poder definir lo que veía. Le dejó perplejo y no le gustó en absoluto lo que vio.

Era un niño que caminaba hacia la puerta principal del salón, Luis miró a su izquierda de dónde debía venir aquel chico. Había dos puertas, una daba al jardín trasero y otra a un baño.

Luis se acercó hacia el chico que ya casi estaba saliendo del salón y espetó:

-¿Hola?-no tenía ni idea de quién podía ser, en seguida se le vinieron a la mente multitud de teorías, pero de repente el chico, cómo si fuera lo más normal del mundo, dijo:

-Ah, no le había visto, usted debe ser Luis-al escuchar su nombre de los labios de aquel niño le puso los pelos como escarpas, su voz tenía un deje especial, extranjero. Intento recapacitar y pensar que tendría una explicación sencilla, sería el hijo de unos amigos o cualquier cosa por el estilo, pero no pudo dejar de sentir que algo no cuadraba, era cómo ver una ficha de dominó en un tablero de ajedrez.

-¿Cómo sabes mi nombre?

Pero el niño no tuvo oportunidad de responder; enseguida apareció la madre de Luis e intervino.

-Oh, éste es Leo. Es un amiguito que está pasando unas semanas con nosotros porque sus papás están de viaje- *Ves, era justo lo que habías pensado*, se dijo para sí-. Le hemos hablado mucho de ti-añadió María.

Luis miró al chico, queriendo ver algo extraño, alguna mirada hacia otro lado que representara miedo o temor. Pero todo parecía muy normal; el niño sonreía y le miraba como lo haría cualquier crio de 12 años.

-Vamos a salir a dar una vuelta, estaremos aquí en menos de una hora-le dijo María. Él le respondió con una sonrisa e indicó que iba a merendar algo. Era un chico muy educado, hablaba de usted y continuamente sonreía. Parecía un viejo en el cuerpo de un niño.

Por fin salieron afuera, la casa tenía una puerta en el jardín trasero que daba directamente al robledal. El campo estaba exultante, era increíble cómo, tras el paso de una estación a otra, mutaba ofreciendo un paisaje completamente distinto y continuamente cambiante. Por esa zona había varias vaquerías y un buen número de reses pastaba cerca de ellos. No dieron ni diez pasos cuando ya se les había unido el padre de Luis que se acercó a buen ritmo para la edad que tenía.

-Creo que ya es hora de qué me contéis lo que sucede, llevo desde ayer intentando imaginar qué es eso que no querías contarme por teléfono.

-Bueno, ya has visto que estamos acompañados y, como justo en ese momento estaba Leo cerca de mí, no quería que escuchara la conversación.

Instantáneamente Luis volvió a las conspiraciones. *¿Por qué no quería que el chico se enterara? ¿Tenía algo que ver con él? Por supuesto, ¿qué iba a pintar un niño con esos*

dos viejos estrambóticos. Seguidamente, Gonzalo comenzó a hablar con un tono pausado pero firme, como Luis siempre había imaginado que hablaba en los juicios.

-Creo que hace bastante tiempo que hemos obviado esta conversación, y sin duda, tanto tu madre como yo sabemos que a lo largo de los años nos hemos equivocado contigo y no hemos sabido manejar el asunto-. *Por lo menos parecía que se iban a dejar de rodeos* pensó Luis, aunque se encontró algo tenso. Sin duda no podía ni imaginar por qué cauce iba a ir esa conversación.

-Si soy sincero, todo habría seguido igual de no ser por algo que ocurrió hace una semana. Nuestra relación habría continuado como hasta ahora y no te hubiéramos visto hasta dentro de no sé cuántos meses. Bueno...-la voz de su padre dejaba entrever un pequeño nerviosismo, o más bien un titubeo, como si tuviera que repasar dos veces cada frase para configurarla adecuadamente-. Para ponerte en antecedentes deberíamos ir hasta el año 97, cuando llegamos a Bélgica, ya sabes que pasamos allí casi nueve años-. *¿Bélgica? Por fin algo de luz sobre ese tema* Pensó Luis, que había decidido dejarles hablar. Sin duda eso parecía interesante, él siempre había tomado cierta distancia para tratar los asuntos familiares, los veía más como un espectador que como un protagonista, sin duda era una forma de protegerse y evitar que le afectaran esas cosas. Por lo visto iba a saber a qué se dedicaron en Bélgica.

-Decidimos ir a Bruselas tras un par de viajes que hicimos con Eduardo Sandoval cuando trabajaba en el primer despacho en Madrid, quizá te acuerdes de él. Tenía una hija de tu edad -vagamente lo recordaba, aunque si a su hija. Recordaba su cara. Habían coincidido en alguna cena hacía muchos años- ya sabes que luego cerramos ese despacho y nosotros nos fuimos a Barcelona. Los primeros viajes fueron por puro turismo. Eduardo tenía una novia belga y se había comprado una casa allí, pasaba temporadas en Madrid y otras en Bruselas. El caso es que luego perdimos el contacto y

hasta el año 1996 no volví a saber de él. Por entonces tu madre y yo vivíamos aquí, yo ya me había retirado. Un día recibí una llamada y era él, estaba viviendo en Bruselas y nos invitó a visitarle. No sólo fuimos sino que cómo ya supondrás, decidimos quedarnos allí. Sandoval y su novia, que por entonces ya era su mujer, dirigían una sociedad de inversiones. Tenían muchísimo dinero y conocían a mucha gente. Cada día iban a una fiesta distinta, y nosotros comenzamos a acompañarles, fue algo parecido a cuando vivimos en Marbella en los setenta- Luis recordaba esa época. Él tenía veinte años y estaba en la universidad, apenas veía a sus padres, le daba la sensación de que ellos iban a más fiestas que él-. Nuestra relación comenzó a estrecharse cada vez más, hasta el punto en que cenábamos juntos cada dos días, a veces terminábamos las fiestas en su casa e incluso nos quedábamos a dormir.

-Éramos como una familia-apuntó su madre-Un escalofrío recorrió el cuerpo de Luis y su pensamiento adelantó el final de la historia. El cielo estaba oscureciéndose.

-Nos queríamos muchísimo, era una amistad muy especial, esta parte de la historia quizá te incomode un poco pero es importante que lo sepas, por decirlo de alguna manera Sandoval, Anna, María y yo compartíamos algo más que mesas en restaurantes- Luis frunció el ceño y sintió una repentina repulsión por lo que estaba escuchando.

-Anna se quedó embarazada-soltó María. Tanto ella como su padre miraron a Luis como esperando una reacción. Y ciertamente la hubo, aunque no la manifestó corporalmente, Luis sentía asco por sus padres, qué clase de gente eran.

-Después de enterarnos -continuó Gonzalo- todos sopesamos la situación y Sandoval y Anna quisieron seguir adelante con el embarazo. Yo estaba algo confuso, pero ellos insistieron en que serían unos padres estupendos para esa criatura y nosotros nos convertimos en sus tíos Gonzalo y María.

-Ese niño...-dijo Luis

-Sí, Leo es mi hijo- Gonzalo le miró fijamente y dijo:-por lo que también es tu hermano. Cómo podía ser verdad, pensaba Luis. Pero su padre siguió añadiendo datos a la historia sobre cómo Sandoval y Anna habían criado a su hijo, y cómo él y la mujer de su amigo seguían manteniendo una relación y cómo no había lugar para celos y rencores en aquella relación, según remarcó varias veces María. El relato era complicado y desagradable a partes iguales. De pronto Luis rompió su cordialidad y buenas maneras y los acribilló a preguntas. Había un montón de cabos sueltos y cuestiones que rehuían de una forma pasmosa, por ejemplo el por qué habían vuelto hacía unos años de Bélgica. Ninguna explicación, simplemente les apetecía cambiar de aires, todo sonaba a patraña, y ellos se centraban en hablar de Leo.

Los Sandoval habían sido sus amigos y amantes. Los Riquelme también habían participado en la educación del niño y lo más sorprendente es que el chico sabía toda la verdad respecto a su procedencia y lo aceptaba como si fuera algo normal. *-¿Y qué hacía el niño aquí?-,* su madre le dijo que ya se lo había explicado cuando se lo presentó en el salón, sus padres estaban de viaje. Sandoval y Anna habían ido a Brasil por negocios e iban a pasar un par de semanas fuera de Bruselas, por lo que quién mejor que sus otros padres podían encargarse de él, le Luis se sentía enfermo cerca de ellos.

Cuando volvieron a la casa, Luis no sabía qué es lo que tenía que hacer. No sabía si quedarse y conocer a ese chico o montarse en el coche y poner kilómetros por medio. La situación era de lo más violenta, Leo bajó por las escaleras con su perpetua sonrisa con un móvil en la mano.

-Ya he hablado con papá-dijo con su español que apenas revelaba que no fuera su idioma nativo- Han estado esta mañana en Sao Paolo.

Luis se dio cuenta de que odiaba a esas tres personas que tenía a su lado. Se excusó y se dirigió al lavabo.

Cerró la puerta y se echó agua a los ojos. Se dio cuenta de que tenía un fuerte dolor de cabeza. Entonces se acordó de su mujer, buscó rápidamente su móvil y buscó su número en la agenda. Sabía que a ella podía contárselo todo, sin embargo se dio cuenta de que no estaba seguro de querer hacerlo. Quería que todo fuese como era hacía unas horas y sopesó unos minutos la posibilidad de volver a su casa y hacer como si nada hubiese ocurrido. Pero, ¿qué iba a pensar Marta? Ella le preguntaría sobre lo que querían contarle. ¿Se creería la mentira que le tendría que contar? La cabeza le iba a explotar. De repente escuchó unos golpecillos en la puerta que lo sobresaltaron. Era su madre.

-¿Estás bien? Llevas mucho tiempo en el baño –Luis se dio cuenta de que tenía razón. Debía llevar unos quince minutos.

Sin pensarlo dos veces Luis abrió la puerta donde se encontró a sus padres y al niño esperándole. Hizo lo que le pedía el cuerpo. Se despidió rápidamente y se dirigió a toda prisa hacia la puerta de la calle. Sus padres se quedaron anonadados y no supieron qué decir. Giró el pomo de la puerta y sintió que sostenía todo el peso de la casa sobre sus espaldas. Sólo tenía una cosa clara. Debía volver a la vida real.